

—¿Y sabrá la posteridad, que sin ese rigor contra los hereges, la secta de Lutero se hubiera enseñoreado ya de España? Sabrá que á cada nueva que me enviaba el *Consejo de Sangre* de Bruselas, se me estremecía dolorosamente mi corazon, y que yo, monarca poderoso de dos mundos, me arrastraba por el suelo de rodillas, macerando mi cuerpo y pidiendo al Altísimo que se apiadase de los flamencos y de mí? Sabrá que, sin mi constancia en sostener esa guerra contra los sublevados de las Provincias de la Confederacion, hubieran caido sobre España todos los ejércitos de Europa?

—Tranquilícese V. A. Señor, que bien lo ha menester.

—Tranquilo estoy, marqués, y espero sosegado la sentencia de mi suerte futura, porque mi conciencia me dice que he cumplido con las amargas obligaciones de rey, algo mejor que con los deberes de hombre. ¿Pero es hombre por ventura un rey? ¿No debe sacrificar su corazon y su vida á los altos fines que le impone la sabiduria de Dios? Faltas grandes he cometido; mas espero de la divina clemencia el perdon de todas. ¡Ah! ¿Se realizará mi esperanza? El porvenir..... el porvenir..... ese insondable abismo me aterra, porque al fin no soy mas que una pobre criatura, un miserable pecador, á quien el soplo de la muerte despojará pronto de toda su gradeza y poderío.

—Melancólicos son esos pensamientos, Señor; no hable V. A. de morir.....

—Al contrario, señor de Denia, al contrario; quiero hablar del próximo fin que me aguarda, porque estoy preparado á él hace tres años.

—¡Tres años!

—Nadie lo sabe y vos sois el primero que lo oye. Tres años hace que no es la gota el mayor de mis padecimientos físicos.....

—¿Pues cuál es, Señor?

—La calentura lenta que me ha consumido poco á poco. Y siempre me habeis visto, sereno é impassible, trabajar sin descanso noche y dia, y dirigir todos los negocios como en los floridos tiempos de mi mocedad. Esta es tambien la obligacion de un Rey.

—Pero, Señor, es necesario atender inmediatamente á V. A....
Los médicos.....

—Os lo prohibo, marqués; la Europa sabrá que he firmado moribundo el tratado de Vervins, cuando sepa mi muerte.

—Descanse al menos V. A., abandone esta estancia.....

—En breve la dejaré, porque mis dias están contados, y tengo ya apartados de mi alma, todos los pensamientos de vivir. La muerte no me espanta, antes bien la aguardo como el término dichoso de mis afanes; asústame lo que hay despues de ella, y la cuenta estrechísima que he de dar á Dios, de todas las acciones de mi existencia.

Seis dias despues, el 13 de Setiembre, yacía postrado D. Felipe en el lecho, que iba á cambiar por el sepulcro. Hallábase á su lado el Príncipe heredero, y á respetuosa distancia contemplaban mudos y tristes los últimos instantes de aquel consumado político, D. Cristobal Moura, tesorero y guarda joyas del alcázar, D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que de favorito del padre iba á pasar á ser primer ministro de su hijo y duque de Lerma, el archiduque Alberto cardenal y arzobispo de Toledo, yerno del moribundo y otros grandes señores. El Rey tenia clavados los ojos en la puerta de la real estancia y á cada ruido que sentia, preguntaba:

—¿Es mi confesor?

A las doce llegaron los físicos y le dijeron que era preciso abrirle una llaga en la pierna izquierda, para que desahogase por ella los humores concentrados, y recibiese alivio en sus dolores acerbos.

—¿Me hará vivir mas esa operacion? preguntó D. Felipe con serenidad.

—Es posible que así suceda, señor, le contestó el archiduque, y Dios manda que atendamos a vuestra conservacion.

—Vos sabeis todo eso, cardenal, repuso el Rey: resígnome á la voluntad del Todo-poderoso, aunque tengo por cosa cierta y segura que voy á morir.

La operacion fué larga y dolorosa, y D. Felipe, léjos de encontrar el menor lenitivo á sus tormentos, los padecia cada vez mas agudos; pero ni una sola queja exhalaban sus lábios, antes bien parecia que su alma se recreaba en tan martirizadora agonia. El Príncipe le preguntó, cuando le sajaban la pierna:

—¿Os duele mucho, señor?

—Hijo mio, le respondió el Monarca, mas me duelen mis pecados.

Y dando en seguida á sus palabras una entonacion solemne, añadió:

—He querido, Príncipe, que os halleis aquí á esta hora, para que veais en lo que paran todas las grandezas y monarquias de este mundo. Ya veis como Dios me desnuda de la gloria y magestad de rey, para daros á vos esta investidura. Dentro de pocas horas me pondrán en una pobre mortaja, hijo mio..... Ya se me cae de la cabeza la corona, y la muerte me la quita para dárosla á vos. Tiempo vendrá tambien en que esta corona se os caiga de vuestras sienes, como ahora se desprende de las mias. Vos sois mancebo y yo lo he sido..... mis dias estaban contados y hoy terminan..... Dios, solo Dios sabe la cuenta de los vuestros, que tambien se acabarán. Os recomiendo la guerra contra los infieles y la paz con la Francia.

Al llegar á este punto, acometió al Rey una congoja, y creyendo el Príncipe heredero que todo habia concluido, dijo á D. Cristobal de Moura:

—Entregadme la llave dorada del retrete, en que están las joyas de la corona, ó mas bien, ponedla en manos del marqués de Denia.

—Señor, contestó el tesorero del alcázar con respetuosa firmeza, no lo haré mientras el Rey viva, si él no me lo manda.

A poco rato volvió en su acuerdo D. Felipe, y enterado de lo que acababa de ocurrir, miró á su hijo con tristeza, y ordenó á Moura que entregase la llave á quien muy pronto iba á ser su señor natural, y que le pidiese perdon.

Despues, viendo entrar en la cámara á su confesor Fray Diego de Chaves, se animó su rostro, y le dijo:

—Venid, padre mio; venid á sacarme de este mundo de amarguras y de desengaños. Sea todo en remision de mis enormes culpas.

Habló acto continuo de la proximidad de su muerte, comparándola con el tránsito de la corte desde una miserable aldea á la capital mas suntuosa y espléndida, y oyó con fervoroso recogimiento las religiosas y sentidas exhortaciones de Fray Diego. A las tres de la tarde pidió con ahinco que le administrasen la extrema-uncion, y concluida esta imponente ceremonia, dijo al archiduque:

—Dareis á la infanta mi hija, la imágen de nuestra Señora, que veis pendiente de mi cuello. Me la regaló mi madre la emperatriz y la he traído conmigo por espacio de cincuenta años.

Ydirigiéndose á su confesor añadió:

—Me atareis las manos con una cuerda que suba hasta mi cuello y le dé vuelta, de modo que sostenga sobre mi pecho una cruz de madera; con ese crucifijo he de morir, pues con otro semejante murió el emperador mi padre y señor.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el rey D. Felipe II de Castilla, á quien la historia apellida EL PRUDENTE. Murió sosegadamente á las cinco menos cuarto de la tarde del mencionado dia 13 de setiembre de 1598, á la edad de setenta y dos años y en el cuarenta y dos de su reinado.

EPÍLOGO.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.



Un tiempo había transcurrido desde que el débil y afeminado Felipe III había puesto á disposicion de un privado incapaz la suerte de la trabajada monarquía española, cuando en una tempestuosa noche de diciembre, llamaron con fuerza á la puerta principal del solitario monasterio de la Espina. Los religiosos estaban á la sazón ocupados en sus devociones de comunidad, y el superior dijo á un lego octogenario, que se daba sendos golpes de pecho:

—¿No ha oido, hermano?

El lego se levantó y sin contestar una sola palabra se diridió á la puerta con vacilante paso.

—¿Quién viene á interrumpir á estas horas nuestro recojimiento? preguntó antes de abrir.

—Un caballero extraviado, que se dirige al alcazar de Villagarcía, le respondieron desde afuera. La noche está tenebrosa y necesito un guia, á quien recompensaré con largueza.

El lego abrió murmurando:

—Si sois lo que decís, pasareis aquí la noche, y mañana, si Dios no dispone otra cosa, os acompañaré al castillo.

El personaje, que encontró hospitalario abrigo en el monasterio de la Espina era un hombre de cincuenta años, alto, flaco, de noble porte y distinguidas maneras. El anciano lego, con la correspondiente vénia del superior, cuidó de su persona, ofreciéndole sabrosa cena y blanda cama, dejando que otro mas jóven se encargase de la cabalgadura, que hasta allí le habia conducido. A la siguiente mañana y apesar del helado viento que soplabá con espantosa furia, insistió el viagero en su idea de dirigirse á Villagarcía, y recordó al oficioso hermano la promesa que le habia hecho de enseñarle el camino.

—Ignoro, le dijo, por qué motivo deseo que no me dejéis partir solo; y aunque no se me oculta que obro con poca prudencia al proponeros esa excursion, pues os hallais en edad muy avanzada, y apesar de que no dejará de tener esta santa casa otro guia mas á propósito para la fatiga del camino, el corazon me asegura que vuestra compañía ha de ser hoy para mí de buen agüero.

—Dios lo haga, hermano, repuso el lego sonriéndose de una manera estraña; y en cuanto al camino y á mis años, no paseis la menor pena, porque aunque viejo, todavía estoy fuerte, y además conozco perfectamente todas las veredas en diez leguas á la redonda.

—¿Sois del pais? le preguntó el caballero.

—He vivido en él en mi mocedad.

—¿Y despues?

—En la corte, en Italia, en Aragon, en Francia.... para venir á dejar mis huesos en este retiro.

—Yo tambien he disfrutado de los placeres de la corte y del favor del último Rey: al presente soy un desterrado.

—¡Ah! ¿Sois tal vez enemigo del duque de Lerma?

—No: mi desgracia fué obra de D. Felipe *el segundo* de Castilla.

—Otras muchas labró el rey *Prudente*.

—Es verdad, mas pongámonos en marcha, si lo teneis á bien.

Hiciéronlo así, cabalgando el caballero desconocido en su buena mula, y el lego en otra mucho mas humilde y enjaezada como para recorrer las aldeas del contorno, en demanda y quëstacion de provisiones para el convento. Despues de haberse adelantado por la ladera del bosque y viëndose en campo raso, tomaron un sendero que serpenteaba entre la nieve, formando sobre ella una inmensa linea curva en diversas direcciones, aunque á trechos quedaba interrumpida por los hundimientos del terreno y los montones de nieve que la ocultaban á la vista. El lego, sin embargo, proseguia la caminata, seguro de no equivocarse, y su compañero no dudaba de que, en efecto, le habia deparado la suerte un excelente guia.

—Debeis haber frecuentado estos sitios muchas veces, le dijo al fin, reanudando el hilo de su anterior conversacion.

—Muchísimas, caballero, aunque hace largos años que estuve en Villagarcía.

—¿Sabeis si todavía está esa fortaleza á cargo del alcaide don Mendo Quijada?

—¡Bah! ¿Pues no murió ese noble señor, combatiendo al lado del valeroso D. Juan de Austria?

—No; el que dió su vida por defender la de su esforzado pupilo fué el buen caballero D. Luis Quijada, tio carnal de D. Mendo.

—Vos debeis saber esas cosas mejor que un pobre lego, que está ya con un pié en el sepulcro: mas.... ahora que me acuerdo ¿qué se hizo la ilustre matrona doña Magdalena de Ulloa, esposa del gran mayordomo y confidente del emperador D. Carlos?

—El dia mismo de la fuga del secretario Antonio Perez á Zaragoza, renunció voluntariamente al mundo, retirándose al convento de religiosas de la Encarnacion de Madrid.

—¡Ah! ¿Y Antonio Perez?

—Ha muerto en pais estraño, en la capital de Francia y está enterrado en el convento de los Celestinos. Su muger doña Juana Coello y sus hijos han conseguido que se les devuelvan todos los bienes secuestrados, y gozan ya de las preeminencias que corresponden á las familias ilustres de España, como si el antiguo ministro de Felipe II no hubiera sido un infame traidor y un asesino.

—¿Le odiabais?

—Motivos poderosos tengo para aborrecer á su familia.

En esto dieron vista nuestros entretenidos viajeros al alcazar de Villagarcía, al mismo tiempo que exclamaba el cortesano:

—¡Oh! Si el alferez Miguel del Bosque no hubiera perecido asesinado por sus amigos Juan de Mesa y Diego Martinez!

Sonrióse el lego y preguntó á su acompañante, mirándole de una manera diabólica:

—¿Qué hubiera pasado?

—No me veria hoy sin títulos y honores; no triunfarian doña Juana Coello y sus hijos.

—Pájaros de cuenta debieron ser esos bribones, que habeis nombrado.

—Fueron los asesinos del secretario Juan Escovedo.

—Oí hablar de ese lance en otro tiempo. ¿Qué fué de los tales?

—Ya os he dicho que á Miguel del Bosque le dieron sus dos cómplices de puñaladas, porque vino de Italia á declarar su crimen y el de Antonio Perez; Diego Martinez, el mas revoltoso y endemoniado de ellos, tuvo gran parte en la primera sublevacion de Zaragoza y murió en la refriega, y Juan de Mesa, que tambien anduvo en la danza y era un pícaro redomado y muy dañino, siguió la fortuna de Antonio Perez: ignoro su paradero desde la muerte del antiguo Secretario.

Subian entonces el caballero y el lego la falda de aquella eminencia, sobre la cual se hallaba situado el antiquísimo castillo, y en la que vimos sentados y departiendo amigablemente, al principio de nuestra historia, á Juan de Mesa y á Diego Martinez, de

quienes los dos viajeros acababan de hablar. Cuando iban á acercarse al puente levadizo, se detuvo de pronto el cortesano y dijo á su guia:

—Antes de entrar en la fortaleza, deseo visitar sus últimas empalizadas, y si podeis conducirme á ellas.....

—¡Sus últimas empalizadas! repuso admirado el lego.

—Sí: quiero cumplir un voto que hace mucho tiempo ofrecí: parece que han de estar hácia la derecha.

—Ese es el camino mas corto.

Al pronunciar el lego estas palabras parecia como que temblaba sobre la mula; mas no queriendo descubrir su emocion, echó por la cerca inmediata al muro, á fin de dar la vuelta al castillo.

—¿Sabeis hermano, le preguntó el caballero espoleando á su cabalgadura, si en frente de las empalizadas que buscamos, hay una poterna, que da entrada al alcazar?

—¿Por qué me hablais de cosas que nunca ví? le contestó su guia con destemplado acento.

—Como conoceis las veredas de tal modo, que no parece sino que las teneis en la uña.....

—Conozco las que conozco.

—Perdonadme si os he enojado inadvertidamente, porque al pensar en esas empalizadas, que yo tampoco he visto en mi vida, se me oprime el corazon.

El lego caminaba receloso, mas ya no podia escusarse de seguir la cerca que rodeaba el alcazar, porque se esponia, retrocediendo, á descubrir algun secreto que sin duda le importaba mucho guardar. Resignóse pues interiormente á lo que la suerte le deparase, y prosiguió la marcha en silencio, aunque acosado por graves y muy sérios temores. Al cabo de un cuarto de hora llegaron por fin á las empalizadas, y adelantándose el caballero, se descubrió con respeto y esclamó enternecido.

—Hermano, doña Magdalena de Ulloa me dijo la verdad; allí está la poterna del castillo, y hé aqui la cruz de piedra que la no-

ble matrona mandó colocar para memoria eterna de un infausto suceso.

Diciendo así, echó pié á tierra y se arrodilló con respeto delante de la cruz. Tentado estuvo el lego de aprovechar la ocasion y desaparecer picando á su mula, pero consideró que la del caballero era mas fornida y de mejores piernas; encontrábase además sobreco-gido de terror y un temblor nervioso agitaba todos sus miembros, al examinar con espantados ojos aquellos sitios, que no le eran tan desconocidos, como poco antes habia dado á entender. El caballero se levantó, una vez terminadas las oraciones que tal vez habia dirigido al cielo por el eterno descanso de alguna persona querida, y se acercó al lego diciendo:

—¿No rezais, hermano, un padre nuestro por el alma del que aquí enterraron dos cobardes asesinos?

—¡Del que enterraron ahí! replicó dando diente con diente el guia y sin coordinar sus ideas. ¿Quién os asegura que debajo de esa cruz encontró el mastin del monasterio el cuerpo del hermitaño?

—¡Cómo! exclamó el primero examinando atentamente á su interlocutor, cuyo rostro sembrado de manchas negras no le presentaba el menor indicio de lo que empezaba á sospechar. ¡El hermitaño habeis dicho! ¡Habeis hablado del mastin del convento de la Espinal! ¿Quién sois?

—¡Oh! gritó el lego desesperado y dejándose caer de la mula. ¿Por qué me lo preguntais? ¿Por qué me habeis traído al horrible teatro de mi primer delito?

—¡Tú!... ¡Tú, miserable! repuso el cortesano con ira y sujetando al viejo entre sus brazos. ¡Tu nombre! ¡Tu nombre es lo que yo necesito!.....

—Dejadme.... dejadme..... he vivido sin verla muchos años.... pero ahora.... en este instante.... la terrible sombra del hermitaño me persigue.... me acosa.... miradla... ahí está.... junto á la cruz.....

—Sí... sí; quien quiera que seas.... te maldice, porque sin duda tuviste participacion en el horrendo crimen, que recaerá entero so-

bre tu cabeza, ya que tus cómplices han muerto. ¿Sabes quién soy?

—Lo sé.... lo sé..... eres la sombra irritada de Juan Vazquez, del Secretario del duque de Alba.

—No, malvado; soy el hijo de aquel que aquí pereció vilmente asesinado..... soy Mateo Rodrigo Vazquez, el eterno enemigo de Antonio Perez y de los suyos.

—¡Mateo Vazquez! murmuró el lego cayendo en tierra desplomado. ¡Perdon para Juan de Mesa!

.....

El primer Auto de Fé que celebró la inquisicion de Madrid, despues del advenimiento al trono del rey D. Felipe III, fué el del asesino de Juan Vazquez. Le quemaron vivo cuando cumplia ochenta años, por la muerte que cometió á la edad de diez y nueve. El sitio de la ejecucion fué el mismo en que hoy se vé la cruz de *Puerta Cerrada*.

FIN.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en esta obra.

	Pág.
CAPÍTULO PRIMERO.—Dos hombres honradísimos.	5
II.—En que se prueba que el príncipe D. Felipe no hacia mas que llorar.	16
III.—El correo de Alemania.	28
IV.—El instinto de un perro, la astucia de un malvado y el dedo de Dios.	44
V.—En que se evidencia que Diego Martinez y Juan de Mesa sabian cenar con apetito y batiser á oscuras.	53
VI.—Un político de diez y siete años á mediados del siglo décimo sexto.	63
VII.—En el cual se esplica como puede entrar un amante en casa de un marido celoso.	74
VIII.—Un castellano á prueba de bomba.	86
IX.—En el cual se habla mucho de una historia que no se cuenta.	100
X.—En el cual enreda de tal modo esta historia Diego Martinez, que ni el diablo sabe por donde cogerla.	109
XI.—Un poquito de historia.	120
XII.—La princesa de Éboli muerde el anzuelo y la condesa de Barajas traga gato por liebre.	129
XIII.—De como el príncipe de Éboli perdió la partida despues de haber dado en el blanco.	142
XIV.—De como D. Felipe sabia cazar á lo rey.	154
XV.—En el cual se evidencia que Diego Martinez era tan buen cazador como el rey D. Felipe.	167
XVI.—En que se esplica el medio inventado por el rey D. Felipe para reconciliar á D. Ruy Gomez de Silva con Antonio Perez.	178
XVII.—De como Diego Martinez vió turbio y Antonio Perez y la princesa de Éboli oyeron claro	190
XVIII.—Esplicaciones de amantes y hablillas cortesanias.	200
XIX.—De que el conde de Barajas se convence de que el baron de Montigny á quien nunca habia visto le entregó una carta para el Príncipe.	212
XX.—Los desposorios del rey D. Felipe.	225

	Pág.
CAP. XXI.—De como Diego Martinez enreda cada vez mas á varios personajes de esta historia, arrojando chispas que producen incendios.	238
XXII.—Del cual se deduce que el jurisconsulto Vargas era un excelente fiscal para formar un proceso de conspiracion.	250
XXIII.—De como la princesa de Éboli y la doncella Beatriz logran mistificar á D. Ruy Gomez de Silva.	262
XXIV.—Fórmase una tempestad contra la condesa de Barajas.	276
XXV.—De como estuvo á punto el rey D. Felipe de ser aplastado por el galan de la Princesa.	289
XXVI.—En el que se manifiesta que el rey D. Felipe sabia interpretar iniciales y D. Ruy Gomez morirse de puro honrado.	303
XXVII.—Nuevas locuras del príncipe D. Cárlos de Austria.	316
XXVIII.—En el que se evidencia que Diego Martinez era un grandolista.	331
XXIX.—De como Diego Martinez convenció á Juan de Mesa de que habia muerto diez años antes.	345
XXX.—Pruébase en el que los celos de un hombre astuto vencen muchas dificultades.	360
XXXI.—Un secreto de estado.	379
XXXII.—Muerte del príncipe D. Cárlos de Austria.	396
XXXIII.—Una vida á cara ó cruz y muerte por Auto de Fé.	411
XXXIV.—Como descubrió al Rey doña Ana de Mendoza lo que tanto interés tenia en ocultar.	425
XXXV.—Porque Antonio Perez no dormia en su casa el dia 28 de julio, y por que la princesa de Éboli madrugó el dia 29 mas de lo que hubiera deseado.	440
XXXVI.—De como dió principio el rey D. Felipe á su venganza contra Antonio Perez.	457
XXXVII.—Un Reverendo Padre Franciscano y su Legó en emboscada.	473
XXXVIII.—Una discusion, cuyo razonamiento no tiene réplica.	486
XXXIX.—El combate de los alguaciles, y las primeras lágrimas de Diego Martinez.	498
XL.—El tormento y la fuga.	516
XLI.—In pace.	529
XLII.—Los dos motines populares del siglo XVI en Zaragoza.	540
XLIII.—El brazo justiciero del Rey, la gran fiesta del Santo Oficio y la voluntad de Dios.	552
EPÍLOGO.—No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.	565

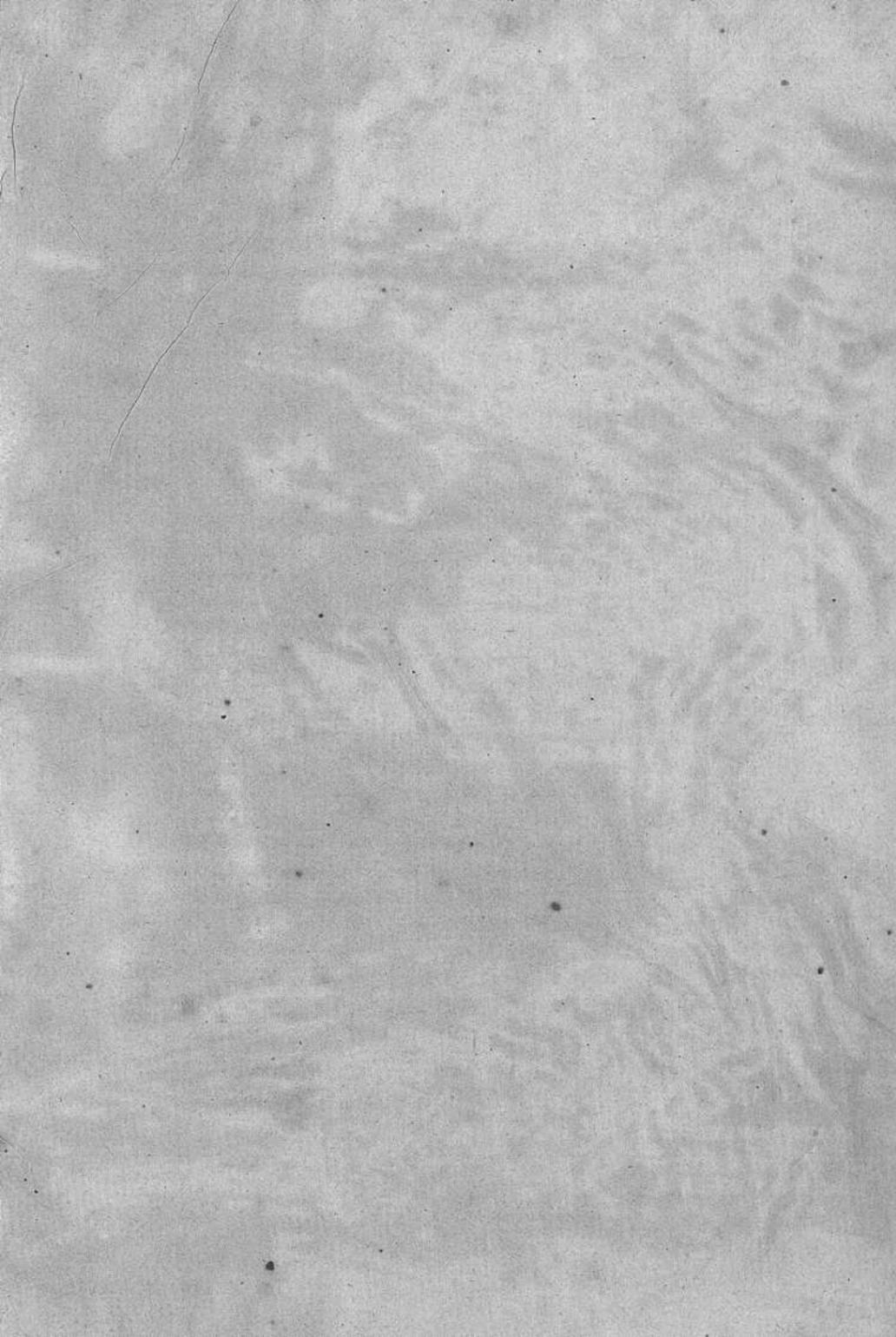
PLANTILLA

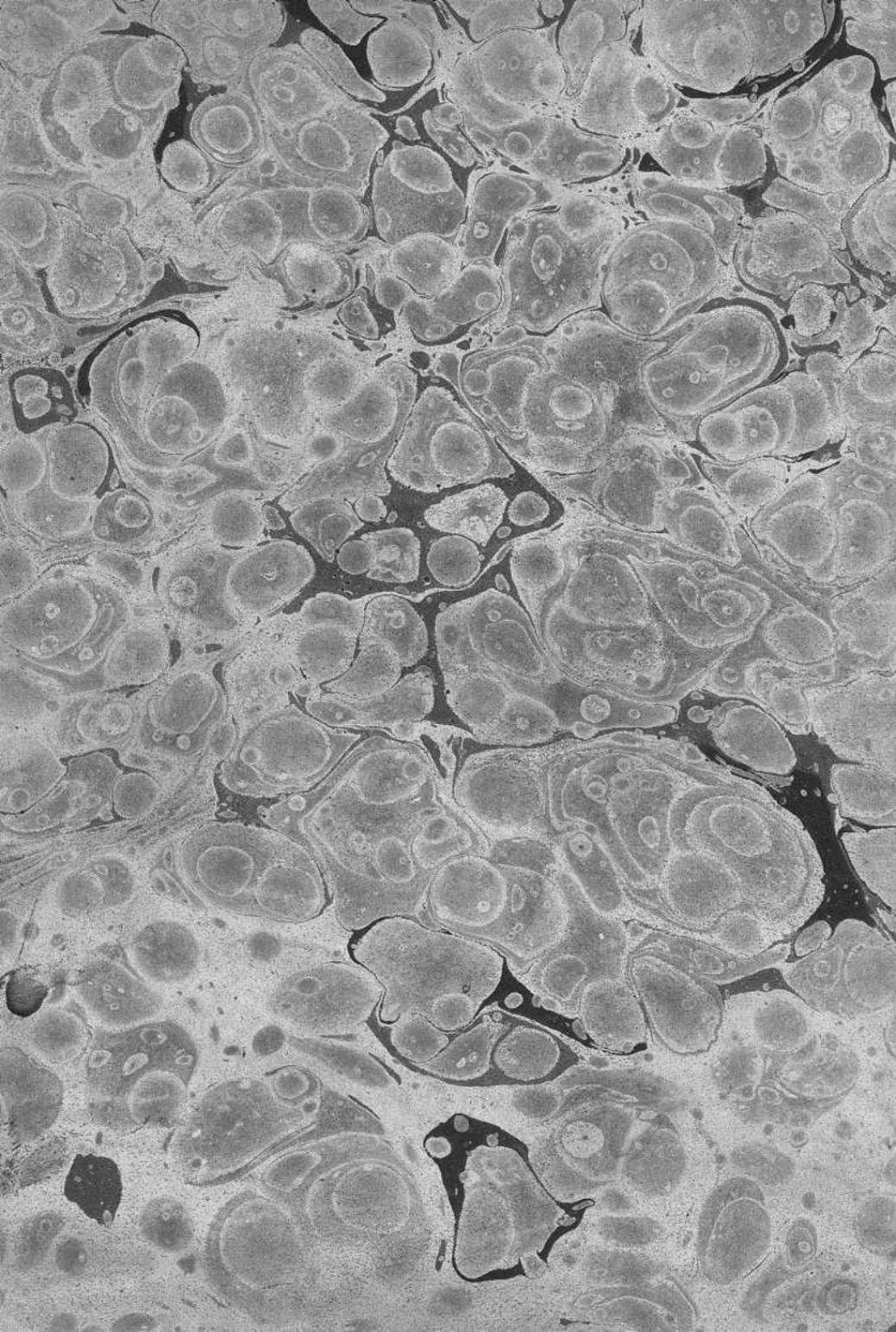
para la colocacion de las láminas.

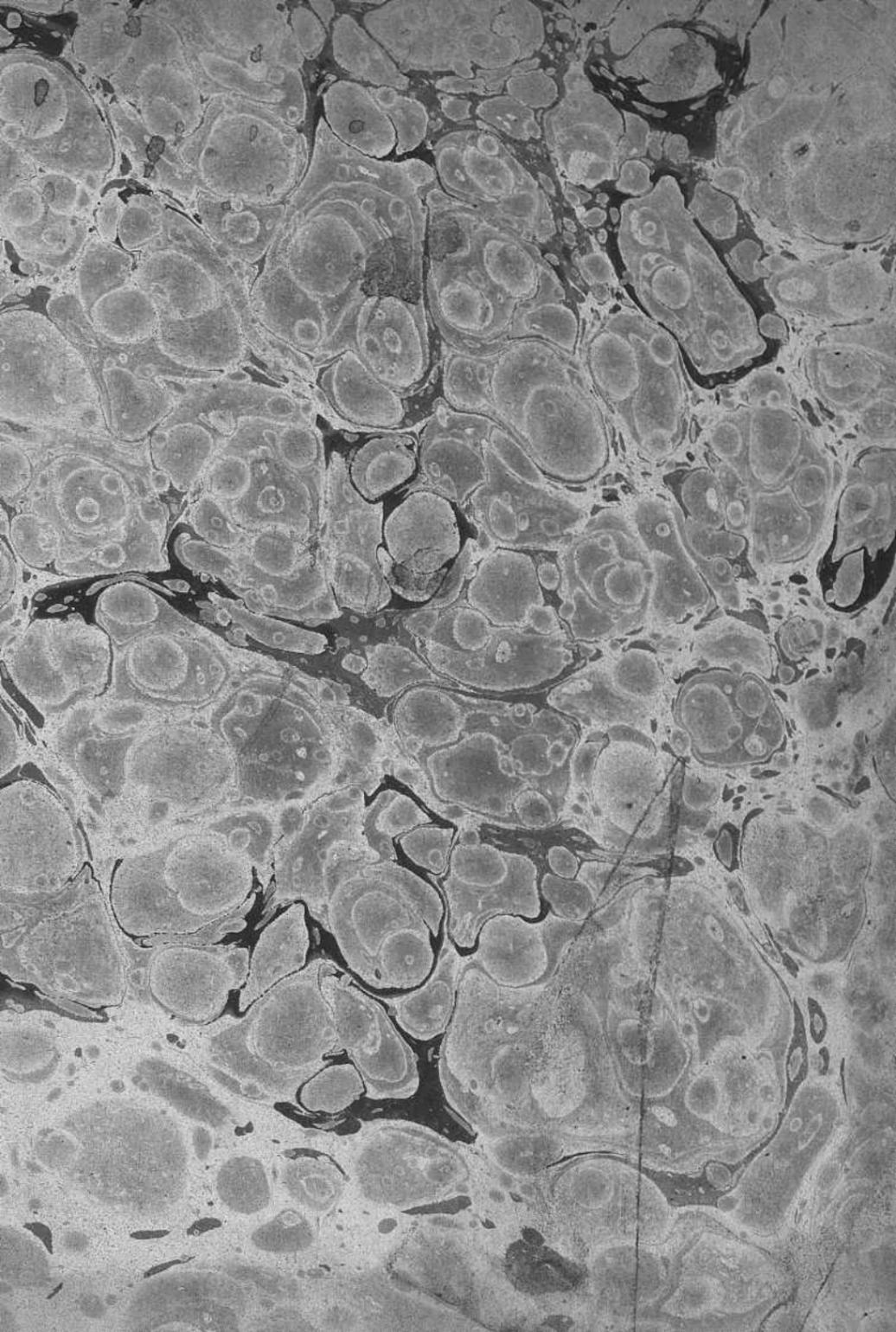
<u>Láminas.</u>	<u>Páginas.</u>
Retrato de D. Felipe.	4
Ella no se hizo de rogar etc.	44
El mismo dia de su confesion desapareció etc.	32
Le introdujo su puñal por la garganta etc.	59
Tu fortuna corre de mi cuenta etc.	78
Atreveos ahora á decirme que os deje morir.	94
Levantaos, D. Juan.... hermano mio, etc.	166
Entrad sin temor, señora, que yo me pinto solo, etc.	196
Dispongamos las luminarias que han de alumbrar etc.	233
¡Ella infiel!.... ¡Infiel doña Ana de Mendoza!....	266
Os acosaré hasta la esquina del farol; etc.	300
He jurado dos cosas: matar al duque de Alba etc.	327
¿Qué es esto, señor? ¿Voy á morir etc.	380
Os digo que por allí viene todas las noches etc.	420
El Rey queria que Perez adivinára, etc.	469
Por las llagas de Dios, acábenme de una vez.	524
¡Muera el traidor, muera el renegado!	547
Con La Nuza fué sentenciada á muerte etc.	556

ERRATAS NOTABLES.

PAGINAS.	LINEAS.	DICE.	LÉASE.
48	37	á lo largo de	á lo largo del
55	4	dispensa	despensa
id.	13	acaba	acababa
id.	34	dispensa	despensa
56	30	Acabarás	Acabáras
68	37	procedia	precedia
136	9	le llamaba	la llamaba
138	33	no hubiese	no me hubiese
143	36	al servicio	el servicio
165	37	por su examen	de su examen
176	33	que me favoreceis	que me favorezcais
192	23	el aumento	al aumento
258	15	lo quisieréis	lo que quisieréis
266	22	de Toledo	en Toledo
285	30	preparándose	preparando
287	14	la caña	la cuña
id.	28	preso	presa
303	10	desvaneos	devaneos
309	8	Doña de Mendoza	Doña Ana de Mendoza
311	21	despojarla	despejarla
317	13	Setentrional Occidente	Setentrional y de Occidente
321	26	el honor	al honor
325	19	pero que	que
335	16	á mas de mil	de mas de mil
338	20	se llamaba	se llama
353	23	con señalado triunfo	un señalado triunfo
360	9	Finalmente	Facilmente
369	7	mi mal humor	mal humor
387	42	al aclarar	á aclarar
390	13	Era de dia	Era dia de
391	21	sagrada	sagrada
398	19	me obligan	me obligarán
399	15	de habérselas	que habérselas
403	8	tratado secreto	un tratado secreto
412	3	confederales	confederadas
417	20	Y procesion con coraza.	Y procesion con coraza.
432	4	pero despues	poco despues
438	33	que se apiada	que se apiade
443	15	lo que le ha metido	lo que la ha metido
459	6	paró despues en	pasó despues á
462	33	á las del Manzanares	en las del Manzanares
503	9	batalla	batahola
504	10	alguacilecos	alguacilecos
507	32	pues si Dios	pero si Dios
509	18	esta puerta?	esa puerta?
id.	32	tétrico	tétrico
513	47	le han dado	la han dado
514	25	Damian	mian
518	14	á los pocos el auto	á los pocos dias el auto
520	22	y consejero.	y consejo.
536	1	¿No temeis que	¿No temeis que
id.	3	por esa ventrna	por esa ventana
542	24	insurreccionarse	insurreccionarse
543	6	Vasquez.	Vazquez.
546	14	para cercioraase	para cerciorarse
548	6	que la ampararon	que le ampararon
id.	27	las llamas devoren	las llamas devoren
550	20	su impaciencia	su impaciencia
id.	27	habia atrevesado	habia atravesado
551	16	manarca francés	monarca francés
560	25	constantemente	constantemente
564	17	el emperader	el emperador
565	13	se diridió	se dirigió









G 39033

D. FELIPE
EL PRESIDENTE